

EL HISTORIADOR MANUEL FERNÁNDEZ ÁLVAREZ

Ana Díaz Medina
Ángel Rodríguez Sánchez
Universidad de Salamanca

Quienes escribimos estas páginas representamos, de alguna manera, dos constantes de la Escuela de Historiadores Modernistas que ha formado el historiador que es Manuel Fernández Álvarez. Una ha tenido la inmensa suerte de la proximidad física, y ha podido acompañar al Maestro de historiadores en la familiaridad del magisterio diario. Con las alegrías de éxitos compartidos, y con las tensiones que siempre aparecen en los Departamentos Universitarios. Otra, más escasa en cuanto a número de escolares, ha sido la que ha asumido la figura académica de D. Manuel desde la distancia que sólo se resuelve con la agudización de la nostalgia, y con la solicitud de un consejo que siempre ha sido bien atendido. Una y otra ayudan hoy a entender cuáles son las herencias académica e investigadora por las que tanto ha combatido nuestro Maestro: quienes permanecemos en Salamanca y quienes por coyunturas diversas hubimos de abandonarla, hemos disfrutado de un aprendizaje común; Salamanca, en Historia Moderna, ha sido y es el magisterio de Manuel Fernández Álvarez.

El hombre que nació en Madrid un siete de noviembre de 1921 se fue convirtiendo en un historiador, en un profesional de la Universidad, y en un escritor, a golpes de una situación difícil: Los agitados tiempos de la guerra inexplicable le cogen en Oviedo, donde estudia el antiguo y productivo Bachillerato, donde trabaja en la vieja biblioteca universitaria, para cursar sus estudios de licenciatura en la Universidad de Valladolid. A los 22 años se licencia en Filosofía y Letras, y es el primero de su promoción, logrando una plaza de profesor ayudante a partir de 1942. Cuando tiene 26 años se doctora en Madrid y obtiene el Premio Extraordinario, y a los 28 años marcha a Bolonia donde, en 1950, obtiene una nueva distinción doctoral con la máxima calificación, y el *Premio Vittorio Emanuele*. A los 29 años es Profesor Adjunto de la Universidad de Madrid, y antes de cumplir los 30 obtiene por su tesis doctoral el *Premio Menéndez Pelayo*.

Jamás nos explicó a sus discípulos su carrera docente e investigadora. Don Manuel Fernández Álvarez siempre se presentó ante sus alumnos con la marca de quien es un profesor; como recuerda aquí mismo Ángel García Sanz, nos ense-

ño a vivir la Historia de una triple manera: primero en *la clase*, luego en *la visita organizada a los Archivos*, sobre todos al Archivo General de Simancas, y por último *convirtiéndonos* por pueblos y ciudades en *Comuneros, Obispos, Campesinos, Ayos de Príncipes, Secretarios de Estado y del Despacho, Médicos y Pueblo*. Quienes escribimos esta memoria hemos recorrido con Don Manuel toda Castilla, Extremadura, Andalucía y buena parte de la Corona de Aragón. La clase fue una delicia en un tiempo degradado para una Historia Moderna que se identificaba con la Historia Imperial, sinónima del quehacer cultural del Franquismo. El mitificado año 68 se nos pasó en juicios críticos que jamás afectaron al Prof. Fernández Álvarez, además de por otras cosas, porque era el único profesor universitario que *nos ponía en directa relación con las fuentes* que custodian la Biblioteca de El Escorial, el Archivo Histórico Nacional, el Archivo General de Simancas, y la Biblioteca Nacional, justo cuando otros profesores de Salamanca nos escondían a los estudiantes sus fuentes de información. En ocasiones tuvimos problemas con la Guardia Civil, con la Policía Armada y con la Policía Secreta. Siempre salimos adelante porque D. Manuel sostuvo diálogos convincentes con las autoridades políticas de entonces. Siempre salimos de apuros porque su poder de convicción siempre se basó en el prestigio y en la entonces difícil inmunidad de la Universidad de Salamanca. Con Don Manuel también aprendimos a dialogar con las fuerzas encargadas del Orden Público, aunque existieron ocasiones dramáticas, como cuando al regreso de un viaje, en el Paseo de Canalejas de Salamanca, nos esperaba una dotación policial especialmente armada para detener a nuestro querido compañero Miguel Peciña, todavía hoy exiliado.

Don Manuel nos escondió su propia historia y nos enseñó la que es más fácil de comprender. En la clase ordinaria y en los viajes pudimos comprobar sus extraordinarios conocimientos literarios, y en su obra, y en las conferencias, descubrimos al escritor. Nunca nos dijo que había sido *Colaborador Científico del Consejo de Investigaciones Científicas*, y que en 1959 y en 1965, había alcanzado todas las posibilidades que contemplaba la ley en materia de investigación. Antes había obtenido la *Orden de Alfonso X El Sabio*, y el Premio que había instituido el Patronato Menéndez Pelayo. Y en 1965 se convierte en el *primer Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Salamanca*. Desde ese año y los siguientes se vinculan al mundo universitario salmantino nombres bien conocidos: Ana Díaz Medina, Javier Casado, Marcelino Cardalliaguet, Pilar Valero, son precursores de una generación que trabajó la historia demográfica, la historia económica, la historia social y la historia institucional: los hidalgos, los galeotes, los universitarios, las instrucciones políticas de los Austrias, cartas y memoriales, fueron haciendo verdad la gran obra del equipo salmantino: un grandioso Corpus Documental y un estudio repetidamente serio sobre la sociedad y sus instituciones. En 1968 obtiene la Ayuda de la Fundación Juan March para la edición crítica del *Corpus Documental de Carlos V* y 1969 fue el punto de partida de nuevas investigaciones en las que participó y en las que proyectó su capacidad de dirección: García Sanz, Rodríguez Sánchez, Fortea Pérez, Pérez Moreda, significan trabajos de base sobre espacios rurales y urbanos. Y ello, sin descuidar una línea de investigación muy provechosa: el Colegio de Españoles de Bolonia, la historia de

los Colegios Mayores, la historia de la Universidad de Salamanca, y de la burocracia estatal se estudiaban de forma exhaustiva por Baltasar Cuart, Ana Carabias, Luis Enrique Rodríguez-San Pedro y Pilar Valero. Julio Sánchez se especializaba en el mundo difícil de la tecnología y de las explotaciones mineras, José Luis de las Heras en la complejidad de la justicia y del sistema carcelario en la época de los Austrias, y Carlos García Figuerola, Serafín de Tapia, José Antonio Álvarez, José Carlos Rueda y Clara Isabel López, atendieron ese otro campo de investigación más próximo y no menos importante de las rentas episcopales salmantinas, la historia abulense, zamorana y salmantina.

Los acontecimientos relevantes se aceleraron en la década que va de 1976 a 1986; en 1976 Manuel Fernández Álvarez contribuye a la *fundación del Colegio Universitario de Zamora*, del que sería su Director durante seis años, en 1985 recibe el *Premio Nacional de Historia de España*, y en 1986 es elegido *Académico de Número de la Real Academia de la Historia*, cuyo ingreso efectuaría al comenzar el año 1987. La década significa también la consolidación como profesores universitarios, de investigación y de bachillerato, de buena parte de quienes nos sentimos discípulos de D. Manuel: tres cátedras universitarias, casi una docena de titularidades universitarias, varias titularidades y cátedras de escuelas universitarias, y un número elevado de catedráticos y agregados de bachillerato y de formación profesional, significan muy positivamente unos trabajos de tutela y dirección, que no son frecuentes en la historia académica española.

La década es el marco cronológico de una singular actividad de dirección, de investigación y de proyección social: fundador de las Revistas *Stvdia Zamorensia* y *Stvdia Historica. Historia Moderna*, en 1980 y 1982, respectivamente, apadrina en 1984, en la Universidad de Salamanca el *Doctorado honoris causa de D. Ramón Carande*. Tres Premios Extraordinarios de Doctorado (A. Rodríguez Sánchez en 1976 y J. Sánchez Gómez, L.E. Rodríguez-San Pedro en 1985), y una serie de tesis doctorales sancionadas con máximas calificaciones (además de las señaladas, las de J.I. Fortea Pérez, Sixto Sánchez Pérez, Daniel Sánchez, Ana María Carabias Torres, Iñaki Reguero, Luis Carlos García Figuerola y Pilar Valero) complementan un trabajo de dirección muy significativo por los temas que aborda, y que se concreta en esa primera base que es la memoria de licenciatura. Ricardo Gamazo (1977), la *demografía*; José Luis de las Heras (1979) y Serafín de Tapia (1982), la *ciudad*; Sixto Sánchez (1979), la *Escuela de Salamanca*; Ana María Carabias (1980), los *Colegios Mayores*; Luis Carlos García Figuerola (1981), la *economía* y María Jesús Roderó (1983), los *estudiantes*, son algunos de los ejemplos que revelan la preocupación globalizadora del historiador Manuel Fernández Álvarez. Y, además de todo ello, la investigación personal: entre 1976 y 1986, el Prof. Fernández Álvarez vuelve a encontrarse con Carlos V, con Felipe II, con Vives, Fray Luis de León, Cervantes, Teresa de Jesús, Lutero, Quevedo, Guillermo de Orange, Carlos Borromeo, Copérnico, Hernán Cortés y El Lazarillo. Y antes con Luis de Ortiz, con Valdés, con el Príncipe Don Carlos y más tarde con Jovellanos y siempre con los Comuneros. Todos los personajes se incrustan en la sociedad; por eso analiza las sociedades del Renacimiento y del Siglo de Oro, y quizás su familiaridad con los clásicos le lleve a profundizar en

la historiografía, incluso la más reciente contemporánea, apuntándonos quiénes son Carande y Jover. Los prólogos que escribe, las conferencias que dicta, los congresos en los que participa y los homenajes en los que interviene, sirven para humanizar una lección bien aprendida que por fortuna aún nos sigue transmitiendo. Y todo ello, viviendo de cerca y en primera línea los acontecimientos extraordinarios de nuestro país: la defensa de compañeros injustamente atacados por una Administración rígida, le pusieron al borde del expediente, carros de combate imposibilitaron una conferencia en la Valencia de 1981 con ocasión de un golpe de estado imposible y siempre defendió a sus estudiantes, como señalábamos antes, con el diálogo y el poder de convicción. El historiador Fernández Álvarez, que ha trabajado en los Archivos y Bibliotecas Españolas, ha unido a su experiencia estancias prolongadas en el extranjero: los Archivos y Bibliotecas de Módena, Bolonia, Nápoles, París, Viena, Bruselas y Londres le proporcionan fuentes que sirven a sus trabajos científicos. Su actividad en otros países le lleva a dictar conferencias en Roma, Bolonia, Londres, Freiburg, Lisboa, Coimbra, y a participar en jornadas y congresos que proyectaron la Historia Moderna española en Francia, Italia, Alemania, URSS, y en la Comunidad Económica Europea, con motivo de Europalia 1985.

A quienes nos sentimos sus discípulos siempre se nos olvida algo del Maestro, y quisiéramos que esta síntesis sobre la personalidad de un historiador, sirviera también para destacar su *honestidad* como profesional y como persona: durante los muchos años de ejercicio docente, y aún hoy, la figura entrañable de D. Manuel no se ha apartado jamás de la justicia que reconoce el valioso trabajo de los demás. Ello le convierte en ese admirable compañero que, en tiempos de menor cordialidad, suele olvidarse con la facilidad que provoca la ingratitud. Y de ello sabemos un poco, quienes le tenemos presente, y también quienes lo tenemos absolutamente idealizado desde la gratitud. Por todo ello, el *Homenaje* que ahora le ofrecemos, además de sincero, sólo significa *gratitud, reconocimiento y esa singular amistad* que sólo es capaz de construir quien se da por entero a los demás. Hay que escribirlo: *gracias por todo, Don Manuel*.